

carrera científica, á causa de lo difícil que es, en nuestros tiempos, formarse una clientela y vivir de su trabajo. El comercio por lo menos producía desde luego, y muy á menudo acababa por enriquecer... No se quejaba de su suerte. A su edad cincuenta duros de sueldo no eran un grano de anís.

Luisa le había preguntado:

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve... En diciembre voy á cumplir los veinte...

—¡Qué casualidad! Yo también tengo diecinueve.

Esa coincidencia de fechas natales, constituía un nuevo lazo de amor para la chica enamorada, que creía que al hacerles venir al mundo casi al mismo tiempo, la Providencia había deseado unirles desde la cuna. Y su imaginación supersticiosa no se paraba allí, una vez en el atajo de los puntos de contacto, sino que seguía volando, con primitiva ingenuidad, hasta hacerla ver que si él era hijo de un capitán, ella podía muy bien ser asimismo hija de un militar y que tanto él como ella habían sido educados exclusivamente por sus madres... y que los dos habían nacido en el mismo barrio, en la misma ciudad, el mismo año...

Pensando en tan nimias concordancias con la seriedad que los amantes atribuyen á los más frívolos detalles de la vida pasional, Luisa decíase, al llegar á la Plaza de la Bastilla, que verdaderamente Dios les había creado para vivir juntos toda la vida; para vivir queriéndose mucho, mucho, con todo el corazón...

—¡Creí que no ibas á venir!

Eugenio estaba ya á su lado, tembloroso de emoción, no sabiendo si darle la mano como siempre, ó pedirle los labios como en ciertas ocasiones excepcionales en que la obscuridad de la hora y la calma del sitio prestábase á los rápidos besos. Ella le tomó la mano sin responder.

### III

Lo primero que atrajo la mirada de Luisa al penetrar en casa de su amante, fué la cama de hierro que, sin cortinajes, sin cojines, sin lazos de co-

lores, sin nada de lo que constituye la belleza sensual del lecho y le convierte en nido de tentaciones, llenaba el fondo de la estancia, brutal y friamente, bajo las mantas grises y las blancas almohadas. Ante ese mueble que representa lo irreparable en el idilio, las mejillas de la mujer virgen se animaron con celajes ruborosos y sus miradas revolotearon alrededor de la estancia, como pájaros amedrentados, buscando donde posarse sin peligro.

Nada en la vasta y única pieza de Eugenio, denotaba el buen gusto. Frente a la ventana, un armario de nogal, muy antiguo y muy oscuro, vestigio de un modesto bienestar provinciano, abría sus amplias fauces enseñando el vientre casi vacío; al lado del armario, veíase un tocador de no pintado pino con su jarro y su jofaina de barro; luego se distinguían, llenando los sitios desocupados, dos butacas sin forma y unas cuantas sillas. En los muros tapizados de papel ordinárisimo, en el cual las flores azules destacábanse sobre un fondo ocre, aparecían, prendidos con alfileres, hasta diez abanicos japoneses y cinco ó seis retratos de mujeres desnudas en ligeros cuadros de bambú. Ningún bibelot, ningún florero, ninguna figulina de similibronce, ni

el más insignificante busto de yeso, adornaba la chimenea de mármol negro.

Mientras los ojos de Luisa seguían huyendo de la cama, su imaginación iba más lejos aún, iba hasta la propia alcoba abandonada, en la cual los dulces ensueños amorosos y las visiones alegres podían florecer sin frío y sin fastidio, entre las coladuras celestes del lecho, las estampas multicolores de las paredes y las plantas tropicales de las rinconeras. De pronto un marco de terciopelo, en cuya parte superior agonizaba un ramillete de claveles blancos, proporcionó a la errante mirada el punto de reposo con tanta ansia buscado. Eugenio murmuró:

—¡Es el retrato de mi madre!

Y dichosos ambos de encontrar en el cuarto sin alma, algo que fuese íntimo y que fuese tierno, acercáronse para contemplar la fotografía.

—Es muy hermosa—dijo Luisa fijándose en el perfil moreno, enérgico y correcto que había tomado ya, por obra del tiempo y de la claridad, un color de marfil y un relieve de medalla.

—¡Un retrato muy antiguo!—repuso Eugenio.

Luego el silencio reinó de nuevo en la estancia,

con esa pesadez tiránica que hace parecer más uniforme la respiración y que convierte los segundos en minutos y los minutos en horas. Una timidez angustiosa habíase apoderado de ellos, ahogando en sus venas el fuego amoroso y encadenando momentáneamente sus instintos. Por fin, sus miradas se encontraron, se cruzaron, se huyeron, volvieron á encontrarse y permanecieron confundidas la una en la otra, sin sonreirse, sin hablarse, con algo de extraño en la expresión, como espantadas de hallarse así encerradas en el mismo espacio, hasta que Eugenio se aproximó á Luisa y la estrechó entre los brazos, sin despegar los labios...

Ella tuvo miedo de la lámpara, de la sombra de su cuerpo arrastrándose bajo las sillas, de la luz de la luna que penetraba por la ventana... Tuvo miedo de todo lo que era luciente y de todo lo que era móvil.

—Cierra la ventana—dijo.

En seguida ella misma apagó la luz, dejando el cuarto sumido en las tinieblas que debían reconfortar sus almas medrosas.

Sabiendo de antemano en donde se debían encontrar, halláronse, sin buscarse, junto al lecho, y

se estrecharon en silencio, murmurando apenas, al final de cada beso, una frase sin coherencia y sin sentido, una frase vaga, flotante, doliente, en la cual sus nombres iban y venían, deformados por diminutivos imprevistos llenos de misericordia incomprensible y de ininteligible gracia.

... «Mi Luisa... mi Lilita... mi Lili... mi pobre cielo... mi amor... Eugenio mío... mi amorcito...» Y las letanías de la pasión carnal continuaban brotando de sus labios con lentas intermitencias para entrecortar los besos prolongados, las jadeantes caricias y los abrazos sin fin...

Al cabo de un largo rato, se acostaron.

... Acostáronse, no cual Longo lo aconseja en sus paganas pastorales, sino como el pudor moderno lo permite... Acostáronse juntos, sin sencillez y sin elegancia, avergonzados de lo que hacían, sufriendo al desnudarse y no atreviéndose á desnudarse por entero; refugiándose en los pudores incompletos para huir de los completos instintos; protegidos por la obscuridad que les robaba recíprocamente el encanto de sus cuerpos jóvenes, y temerosos, empero, de sentirse descubiertos...

Acostáronse...

...Y á merced del sagrado deseo que domina, que tiraniza, que guía los brazos, que incendia las venas y que seca los labios; á merced de la fiebre de amor que convierte las manos en garras y las bocas en ventosas, y que sacude las fibras más íntimas, y que suprime el pensamiento, y que aletarga la conciencia; á merced de la voluptuosidad todopoderosa, todomisericordiosa, y llena de gracia, que sabe hacer vivir á los sentidos, en la agonía de la voluntad y en la muerte de la inteligencia, una vida de llama, de suspiro y de temblor, los amantes se unieron para confundir sus almas y sus cuerpos en un beso supremo...

## IV

Sin las perezosas languideces que hacen de la primera noche de amor una crisis de delirio, seguida de una larga convalecencia erótica durante la cual todo trabajo es imposible, Luisa y Eugenio comenzaron desde luego á llevar una existencia, casi conyugal, de actividad metódica y de monótona regulari-

dad. Separados desde por la mañana á causa de las exigencias del trabajo cotidiano productor del pan nuestro de cada día, reuníanse á la caída de la tarde en un café del boulevard; y después de comer con apetito, iban á acostarse... Iban á acostarse, con apetito también, ya sin falsos pudores, sin timideces ingenuas, sin miedo de la claridad, desnudándose francamente ante la lámpara cuya luz doraba la morena piel del hombre y constelaba la superficie lisa de la epidermis femenina con puntos de ámbar y de rosa. Sus cuerpos jóvenes no tenían necesidad de recurrir á los besos de cada media hora, ni á ningún excitante de los mil que la farmacopea amorosa prescribe para llegar al deseo completo. Sencillos y fogosos, consideraban el amor como una función natural, más agradable que las otras, pero no más complicada, ni más difícil, ni más fatigante.

¿Fatigante? El que les hubiera dicho que los besos podían fatigar, les habría sorprendido muchísimo, y hasta les habría hecho reír,—á ella con su risa franca y alegre de cascabeles sonoros entre los geráneos de los labios; á él con su risa grave y melancólica... ¿Fatigante? ¡Oh, no!

—¿Verdad que no, mi Eugenio?

Y sus bocas de fuego y sus brazos flexibles, probábanse que «no», en efecto; que el amor no fatiga nunca, nunca, nunca...

A veces, en su deseo de acostarse pronto, Luisa confundía los escondidos broches del talle, los minúsculos botones de la falda, los cordones interminables del corsé, los infinitos alfileres de las mangas, de los cinturones, de los volantes; y encarnizándose contra un pliegue mal prendido ó contra un bucle rebelde, seguía tratando de desprenderlo, hasta pincharse con el alfiler oculto que hacía imposible su labor. Eugenio, entonces, chupábale la invisible herida con ardor devorante, hasta sentir la embriaguez que produce la sangre fresca.

Por casualidad el empleadillo poseía algunos billetes de Banco, economizados con objeto de comprarse una bicicleta de gran lujo, igual á la de su principal, «perfeccionada», de acero y aluminio, ligera como una pluma y rápida como un automóvil. Haciendo un sacrificio verdadero, renunció á su velocípedo y puso el dinero á la disposición de su mujercita. Pero ella no tenía necesidad de nada.

—De nada... de nada,—decía, resistiéndose á tomar los billetes.

No tenía necesidad de nada, en efecto; y sin embargo las hojas azules firmadas por el director del Banco de Francia, se evaporaron entre sus manos, en el término de quince días.

«¿En qué he gastado cuatrocientas pesetas?—preguntóse mentalmente Luisa, cuando ya no le quedaban sino seis ó siete duros. Y su memoria buscaba en vano el recuerdo de los objetos comprados... Las cortinas azules para el lecho, habían costado diez duros... luego diez duros más de perfumes, de pantallas color de rosa para las lámparas, de peines, de cepillos... ¡Y en seguida una manta... es verdad... una manta de seda, muy ligera, muy bonita, celeste con puntos plateados... veinte pesetas!... ¿Y luego?... Luego nada más...»

«¡Somos unos locos!»—exclamó después de hacer sus cuentas, sin fijarse en la injusticia del plural.

Su amante sonreía, diciéndola que todo lo suyo era de ella, que el dinero no valía la pena, que ya irían viviendo como pudieran, pobres ó ricos, pero siempre dichosos, siempre queriéndose mucho...

Ella replicaba:

—Además pienso trabajar. Ya verás. En el Conservatorio, uno de nuestros profesores nos ha prometido á Noemí y á mí una contrata para el concierto de Maravillas. Yo hubiera preferido entrar desde luego en la Ópera; pero en la Ópera casi no pagan nada á las principiantas, mientras que en los conciertos del boulevard, lo menos que dan es un luis al día... ¿Te parece que debo aceptar?

Eugenio no respondía ni sí ni no. «Ella es libre de trabajar en donde quisiera y aun de no trabajar.» Lo único que la pedía, era que no le engañase nunca.

—¡Tonto!—replicaba ella estrechándole apasionadamente entre los brazos y jurándole que si volvía á dudar, aunque fuese de un modo muy vago y muy lejano, de su fidelidad eterna, la enfadaría de verdad...

Una mañana Luisa firmó al fin su contrato con el director de Maravillas.

Eugenio, al saberlo, se mostró, como siempre, dis-

creto y reservado, figurándose que no debía tener opinión ninguna sobre tal asunto; pero la idea de que su querida no sería únicamente una chica guapa como las queridas de sus compañeros, sino también una artista de talento, una bailarina aplaudida, conocida y codiciada, halagó en secreto su vanidad y proporcionó á su amor propio uno de los más grandes placeres que hasta entonces había disfrutado.

Cuando Pepe, su vecino de pupitre en casa de Levy hermanos, le preguntó «¿Qué tal?» lo mismo que todos los días, respondióle: «Muy cansado, chico!»

Y luego, á media voz para que el principal no lo oyese, continuó:

—Sí, cansadísimo. Figúrate que mi chica, la que vive conmigo, Luisa en fin, ya sabes, va á comenzar á trabajar mañana en Maravillas.

—¡Ah!—exclamó Pepe con admiración respetuosa:—¿tu mujer es cantante?

—No; es bailarina. En el Conservatorio querían hacerla *debutar* en la Ópera, y yo tuve que oponerme á causa de los viejos influyentes que se pasan la vida entre bastidores sobando á las actrices...

Además la opera ya no está de moda... en tanto que Maravillas... Cuando quieras venir conmigo, no tienes más que decirlo...

## V

Envalentonándose mutuamente con frases de pueril fanfarronería, Luisa y Noemí, ya vestidas caprichosamente para aparecer ante el público, esperaban su turno con temor é impaciencia. Tenían miedo y al mismo tiempo sentíanse dichosas. La excitación que se apodera de los actores en las noches de estreno, las hacía verlo todo á través de un cristal de aumento.

En la escena una mujer muy alta, muy pálida, muy joven, cantaba las canciones obscenas de su repertorio.—Era Ofelia—una Ofelia de los barrios bajos de París, delicada y brutal, flor de fango y de vicio, cuyos grandes ojos claros, contrastaban con sus labios pintados y con sus greñas rizosas de prostituta callejera. Hierática y casi inmóvil en la

serenidad de su actitud, Ofelia se erguía ante el público, segura de antemano de su victoria, discretamente orgullosa, mirando con ironía, la boca siempre entreabierta. Su talle fino é interminable, parecía más interminable y más fino aún, á la luz del gas. Sus grandes brazos fantasmagóricos, envueltos en la piel negra de los guantes, cruzábanse sobre el pecho con ademán ingenuo. La última canción—la más personal y la más perversa—comenzó... Comenzó con lentitud monótona, más que cantada, hablada, salmodiada mejor dicho, entre el rumor modesto de los violines que parecían desear esconder sus sonoridades para dejar al instrumento humano la supremacía de su encanto. Comenzó sin acción, sin brillantez, casi sin carácter:

La chica le quería con juvenil pasión.

Y el chico se dejaba—que sí, que se dejaba...

Poco á poco las entonaciones significativas iban acentuando y subrayando, con impertinencias infantiles, las frases crueles, dando vida á las imáge-

nes perversas, haciendo adivinar las malicias misteriosas, estúpidas, obscenas:

Que se dejaba siempre cuando muy pobre estaba  
Querer por la chiquilla con todo el corazón...

Al fin venía el refrán, un refrán cualquiera, ni más ni menos necio que todos los refranes de canción moderna; y entonces, con un movimiento singular de los brazos, con un gesto de los labios, con una nota más aguda, más estridente, más seca que las anteriores, toda la «canallería» del deseo y del vicio de baja estofa, surgía en rápido vuelo, mientras la orquesta continuaba durante breves instantes acompañando el eco muerto y la malicia ya expresada:

Con todo el corazón ella le amaba.  
Le amaba y para amarle diariamente,  
diariamente  
con otros por la noche se acostaba.  
Era valiente.  
Y en el día con él se reposaba  
tiernamente...

Al oír los aplausos atronadores que parecían

aclamar en Ofelia toda la belleza del vicio triste, de la carne de alquiler y del placer humilde, Luisa sintióse alucinada por la idea del triunfo, creyendo que los aplausos eran para ella, para sus piernas de estatua, para su pecho redondo, para sus líneas, en fin, y para su ritmo. Sin fijarse en lo que hacía, principió á mover los brazos al compás de la música que sonaba en su imaginación.

Noemí, por su parte, más dueña de sí misma aunque no menos impresionada por las circunstancias, estiraba las piernas desnudas, calculando su elasticidad y su ligereza, como los atletas que, antes de bajar á la arena, ensayan la robustez de sus músculos en solitarias contorsiones de brazos.

De pronto ambas se volvieron á ver, pálidas del susto. Un rumor sordo, una irritación general, subía de las butacas y llenaba la sala, haciendo temblar las bambalinas del escenario. «¡No, no, no!—¡no, no, no!—¡no, no, no!» Los signos de desaprobación dilatábanse en ondas confusas y sonoras, al compás de los bastones que golpeaban el tablado con la monotonía exasperante de su triple martilleo. «¡No, no, no!»—De pie, en medio de las tablas, el clown Rip-Rip aguantaba la matraca general, indi-

ferente y resignado, tratando de sonreír, imitando los gritos del público, sacando fuerzas de flaqueza, principiando los ejercicios, las genuflexiones, las gracias de todas las noches, y teniendo que suspenderlas apenas empezadas, ante los gritos á cada instante más agudos é imperiosos: «¡No, no, no!—¡No, no, no!»—Las butacas no querían ver al payaso no por antipatía contra él, sino por entusiasmo en favor de Ofelia. El director tuvo al fin que darse por vencido, y haciendo una seña á Rip, ordenó á la cantadora que repitiese la última canción para satisfacer á sus admiradores.

Entre aplausos frenéticos, Ofelia apareció de nuevo, siempre fría, siempre hierática, sin hacer manifestaciones de agradecimiento, convencida de merecerlo todo; y cantó, por segunda vez, velando más que nunca la voz canallesca y dando un tono más agrio aún á las rimas viciosas, la estúpida leyenda de la vendedora de sonrisas que mantenía á su chulo con el producto del sudor de su cuerpo:

Con otros por la noche se acostaba,  
era valiente,  
y en el día con él se reposaba  
tiernamente...

Considerando los gritos del público como una desgracia terrible, Luisa murmuró, enternecida:

—¡Pobre Rip-Rip!

El clown, que esperaba al lado de las bailarinas su turno, repuso:

—¿Por qué pobre? ¿Por qué los espectadores prefieren oír á esa chica?... Es natural. En San Petersburgo, hace un año, la gente rompió las butacas para exigir que yo repitiese mis ejercicios. Hoy todos se perecen en París por Ofelia... Ya veremos mañana. A cada artista le llega su San Martín, hijitas más, y lo más prudente, cuando uno no quiere sufrir mucho, es aceptar las cosas como vienen, sin darles gran importancia. El público es un ogro insaciable y mal educado, que, disponiendo de un *menú* variadísimo (en el cual hay perdices recién cazadas, como vosotras, y mil otros manjares apetitosos) se harta del mismo guiso de merluza seca, se arruina el estómago y se queda luego sin apetito para los demás platos. Peor para el público! Antaño no sucedía lo mismo. Los espectadores que vieron mi *debut* eran más inteligentes y más finos.